

SE SUSCRIBE:

En Madrid: en la Administración. En los almacenes de música de los Sres. Romero, Eslava y Martín Salazar. Librerías de San Martín, Puerta del Sol, 6.—Victoria, 9.—Gasper y Roig, Príncipe. En provincias en los almacenes de música y principales librerías. Milán, agencia Lamperti, Lupa, 7. París: M. Boura, 2, rue Monsigny, hotel Dalayrac, frente al teatro de los Italianos.

REDACCION Y ADMINISTRACION,

CALLE DE LAS FUENTES, NÚM. 3, TERCERO.

PRECIO DE SUSCRICION.

Madrid, 6 rs. por un mes. Provincias, 24 rs. por tres meses. Ultramar, 7 pesos un año. Extranjero, 6 pesos id. id.

Este periódico se publica todos los jueves.

Número suelto, DOS reales.

GACETA MUSICAL

DE MADRID.

SUMARIO.—La música y los músicos, por Mario Halka.—Primera y segunda representación de La Africana, por X.—Sueños.—Noticias.—Crónica extranjera.—Correspondencias de París y de Bruselas.—Crónica de Ultramar.—La primera ópera en Filipinas.—Correspondencia de la Habana.

LA MUSICA Y LOS MUSICOS.

LA MÚSICA.

I.

Laudate Dominum in sanctis ejus: laudate eum in sono tubae: laudate eum in psalterio et cythara. Laudate eum in tympano et choro: laudate eum in chordis et organo. Laudate eum in cymbalis bene sonantibus: laudate eum in cymbalis jubilationis: omnis spiritus laudet Dominum. (Psalmo 150.)

Hubo una cándida doncella, purísimo destello de inspiración divina, que cidió en sus sienes una corona de triunfo: la corona del martirio.

Dulce era su voz, tierno melodioso y expresivo su acento... Desprendíanse de su garganta plegarias de celestial amor que envueltas entre nubes eran transmitidas á AQUEL que solo podía inspirarlas al virginal corazón.

Aquella alma inocente abandonó bien pronto la morada terrestre.

Cruel hierros hirieron sus delicados miembros, lentos martirios probaron la constancia de su fé, y entonando cánticos de amor y de alabanza, con el deseo de los bienaventurados, la sonrisa de los justos, el valor de los cogidos, emprendió el camino de la eternidad.

Su nombre quedó grabado en el libro de los mártires y de los santos, su advocación inflamó los pechos de millares de almas, su patronato fué afanosamente proclamado.

SANTA CECILIA debía proteger la música.....

¡La música!.....

Dulce voz, mágica palabra, que encierra un mundo de inocentes placeres, de tiernas ideas; encantador lenguaje, cuyos suaves acentos son comprendidos por todo aquel que sienta latir en su pecho un corazón sensible.

¿Qué sería la vida sin la música? ¿Qué atractivos encerraría la tierra, que si ella faltara, no pareciera tibio, frío, indiferente? ¿Hay algo por ventura en el universo que carezca de este aliciente divino? Fuera de él, ¿no soñamos, no nos han pintado, no creemos firmemente que las vírgenes, los ángeles, los mártires, seres que gozan de eterna felicidad, sonríen y cantan?

Cuando apartando la vista de este valle de dolores, queremos cruzar con nuestro pensamiento el cielo azul, ó las doradas nubes, para traspasar el umbral dichoso, y transportados en fugaz ilusión creyendo ya cumplidos nuestros deseos, nos encontramos allí, ¿qué hacemos?

¡Escuchar!

Preso nuestro oído en el encanto irresistible de aquellas celestes melodías, sigue, subyugado, las armónicas alabanzas, las sublimes plegarias que presiente nuestro espíritu. Dulces, infantiles voces cuyo origen no puede comprenderse, puesto que yace envuelto en un misterioso manto, son la demostración de la omnipotencia divina, y arrastran nuestra mente y la llevan al límite de la comprensión que nos está concedida, y soñamos oír aquellos coros benditos, que forman una parte de tan completa dicha... y las armónicas melodías descienden á nuestro corazón haciéndole aspirar á ser participe de tan inagotable felicidad...

¡Oh! ¡mil veces desgraciado el que una vez, una siquiera, no haya sido presa de tan dulces ensueños! ¡Triste de aquel que en la aurora de su vida, en la edad de las puras alegrías no se adormeció un momento tan solo para huir de los placeres terrestres y acariciar la ilusión amorosa que debía transportar su espíritu á la celeste estancia!...

¿No escuchais los canoros pajarillos cuál nos cuentan sus amores en deliciosos trinos?

Ruge imponente el huracán furioso que devasta los campos; rómpense las olas contra la dura roca; levántase la fresca brisa que mece dulcemente las hojas; la naturaleza, en fin, cumple su sagrado deber de patentizar el poder de AQUEL que la sostiene; pero, gratos ó suaves unos, terribles ó plañideros otros, todos son sonidos que forman el conjunto del concierto perenne que ofrece el universo al SER SUPREMO que lo dirige.

Es la música dulce bálsamo de nuestros sufrimientos, lenitivo de los dolores que nos afligen, grato consuelo para el corazón que padece... Ella tiene el don de adormecer pasiones funestas, de avivar apagados sentimientos, de corresponder en fin al estado de todas las almas, por diverso que sea el mal que las aqueje ó el bien que disfruten.

¡Mil veces benditas, melodías sencillas, inocentes, que hacen levantar al cielo nuestros ojos humedecidos por el benigno llanto!... ¡misteriosas armonías que mezcladas con el humo azul de los incienso, con la tierna plegaria del sacerdote, con los puros cantos de infantiles corazones, llevan al alma la confianza, la tranquilidad, y el ardiente deseo de una completa regeneración!

Siendo ya en sí la palabra del Dios de las bondades una melodía celestial, dulcísima, puesto que se creen escuchar, según los apóstoles, los más suaves cantos al oír su omnipotente voz, es indudablemente la música la emanación más directa de su amor á la criatura, la cadena más preciosa y que más nos une á su inmortalidad, la inspiración divina que brotando de sus mismas armónicas palabras, nos acerca al cumplimiento de lo que ellas nos prescriben, el generoso ardor que inflamando nuestros pechos en los más dulces sentimientos, aleja de ellos todo lo que no sea grande y elevado.

¿Quién al escuchar en el templo los suaves acordes de un órgano pulsado por sábias manos, llenando el espacio con las dulces melodías que, evaporándose entre nubes de incienso cual último suspiro de una imaginación por Dios inspirada, nos transportan á aquel mundo donde bebimos en una fuente divina las puras concepciones que ahora recrean nuestra mente, quién, repetimos, al descender luego del oasis sublime, no siente en su pecho, no encuentra ante su vista, no ve grabada en su corazón, la palabra más grandiosa, más divina, más amante que los misericordiosos labios del Señor pronunciaron? ¡Perdon!.....

¡Oh! ¿no habeis presentado que al articularla el Señor, los ángeles entonaron el himno más bello que ha sido por ellos cantado desde la creación de los siglos? ¿Que los espíritus infernales se estremecieron cual nunca debían estremecerse, y que el hombre esperó todo lo que esta bondadosa palabra le daba derecho á esperar?

Sí; todo esto habeis sentido; esto sentimos todos, porque sabemos que en